

## CAPÍTULO XI

## LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN CHILE DE 1593 A 1615

SUMARIO: 1. Entrada de nuestros Padres en Chile el año 1593.—2. Dase forma de colegio al domicilio de Santiago y salen nuestros Padres a misiones por la campaña.—3. Sublevación de los araucanos en 1593.—4. Visita del P. Páez en 1602.—5. Excursión del P. Valdivia a Chile el año 1605.—6. Son agregados los jesuitas de Chile a la recién fundada provincia del Paraguay en 1607.—7. El P. Diego de Torres promueve las misiones y se fundan otros domicilios hasta 1615.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Peruana. Epistolae Generalium*.—2. *Peruana. Historia*.—3. *Peruana. Litterae annuae*.—4. *Paraquaria. Epistolae Generalium*.—5. *Paraquaria. Litterae annuae*.—6. *Chilensis. Historia*.—7. Relaciones, informaciones y otros documentos existentes en el *Archivo de Indias*.—8. Documentos existentes en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile.

1. En el siglo XVI se consideraba a Chile como una prolongación del virreinato del Perú. El compañero mismo del conquistador Francisco Pizarro, el conocido caudillo Diego de Almagro, fué el primero en penetrar en las regiones que luego se llamaron reino de Chile. Fué pasajera su estancia en aquel país, y sólo Pedro de Valdivia, ilustre caudillo español, fundó sólidamente el imperio de su patria en las regiones de Chile, estableciendo la célebre ciudad de Santiago. Como del Perú partieron los primeros descubridores y conquistadores de Chile, también del Perú se encaminaron allá los misioneros y eclesiásticos. A fines del siglo XVI ya se habían establecido dos diócesis: la de Santiago de Chile y la que entonces se llamaba de La Imperial y después se designó, como ahora, con el nombre de Concepción. Tres Órdenes religiosas se hallaban sólidamente establecidas en aquel gobierno: la de San Francisco, la de Santo Domingo y la de la Merced.

Introducidos los jesuitas en el Perú desde el año 1568, parece que muy pronto llegó la noticia de ellos a las regiones de Chile, y si hemos de dar crédito al P. Lozano, ya en tiempo de San Francisco de Borja quiso Fray Fernando de Barrionuevo, Obispo de Santiago, llevar jesuitas a su diócesis (1). Muy pronto debió interesarse el

(1) Lozano, l. II, c. 1.

poder público en este negocio, como solía entonces intervenir en todas las fundaciones de casas religiosas que se abrían en el Nuevo Mundo. En 1577 aparece ya una cédula real en que encarga Su Majestad Felipe II enviar religiosos de la Compañía al reino de Chile (1). No fué posible por entonces ejecutar estos deseos del Monarca, y quien recuerde las vastísimas regiones evangelizadas por los jesuitas en los países que hoy forman los Estados de Perú y Bolivia, y considere al mismo tiempo los pocos misioneros de que podía disponer la Compañía para sostener tantos trabajos, no se maravillará de que se tardase muchos años en cumplir los deseos de Felipe II y de las personas buenas de Chile. Cuando en 1585 se hizo cargo de la provincia del Perú el P. Juan de Atienza, ya en sus primeras cartas, dirigidas al P. General, habla de la misión de Chile, como de un negocio ofrecido desde antiguo y que deberá ser al fin aceptado por la Compañía. Ya tenía echadas las cuentas de la distancia que había y de los sujetos que serían menester para esta empresa; pero por entonces no se determinó a acometerla, y juzgó necesario atender a las otras dos regiones, que, juntamente con Chile, suspiraban por misioneros jesuitas, esto es, al gobierno de Tucumán y a la ciudad de Quito (2). Entretanto no cesaban las diligencias para llevar los jesuitas a Chile, y en 1590 debieron renovarse los ruegos con más instancia, pues Felipe II despachó una serie de cédulas reales que debían facilitar este negocio, ó, por mejor decir, obligar a los jesuitas a entrar en el gobierno de Chile. Por una de ellas recomienda Su Majestad los jesuitas al gobernador; en otra se manda a los oficiales reales dar la limosna de medicinas como se acostumbraba a otros religiosos; en otra se les facilita ornamentos para el culto divino; en una palabra, suministra Felipe II a la Compañía todas aquellas limosnas y facilidades que el Estado español acostumbraba entonces conceder a las Órdenes religiosas para el establecimiento de sus casas en el Nuevo Mundo (3).

La resolución de entrar en Chile la tomaron los jesuitas en el Perú el año 1592, cuando llegó la brillante expedición de treinta operarios que de Europa conducía el P. Zúñiga, muerto en Panamá. Entonces el nuevo Provincial Juan Sebastián creyó que no podía

(1) Véase esta cédula en Lima, Bibl. Nac., *Manuscritos*, 36, fol. 48.

(2) Véase su carta del 7 de Agosto de 1585, citada más arriba, en el capítulo V.

(3) Véanse los originales de estas cédulas en Lima, Bibl. Nac., *Manuscritos*, 36, desde el fol. 22 en adelante.

dilatar por más tiempo el acceder a los ruegos de tantas personas, apoyados por la misma autoridad real. Con varios sujetos llegados de España, y algunos que ya tenía en la provincia del Perú, formó el P. Provincial una expedición de los siete operarios siguientes: el anciano P. Baltasar Piñas, como superior; los PP. Luis de Estella, Luis de Valdivia, Hernando de Aguilera y Gabriel de Vega, éstos dos últimos nacidos en Chile y entrados en el Perú en nuestra Compañía. A estos cinco sacerdotes se añadieron los Hermanos coadjutores Miguel Teleña y Fabián Martínez. Con estos siete individuos se juntó poco después el P. Juan de Olivares, que vivía en el colegio de Potosí, y hubo de embarcarse en otra nave. La carta de obediencia que les dió el P. Provincial está fechada en Lima á 28 de Enero de 1593 (1). Embarcáronse los siete primeros el 9 de Febrero del mismo año, y tuvieron al principio bastante próspera navegación; pero, como era entonces muy frecuente, les sobrevino una tempestad que les puso en grave peligro de naufragio. Gracias a Dios, que atendió a las súplicas de los navegantes, pudieron fondear con gravísimas dificultades en el puerto de Coquimbo, y entonces los siete jesuitas, con los pasajeros y marineros, anduvieron a pie y descalzos desde el puerto hasta la ciudad de La Serena, y entraron en la iglesia de San Francisco para dar gracias a Dios por haberles conservado las vidas. Allí mismo predicó un devoto sermón el P. Piñas, excitando a la penitencia y compunción de sus pecados a todos los oyentes. Fué escuchado con mucha devoción, y los habitantes de la ciudad concibieron el pensamiento de detener en ella a los recién llegados jesuitas. Éstos, empero, resistieron a tan piadosos ruegos, pues, como era natural, así como habían sido llamados principalmente para la ciudad de Santiago, así era muy justo que se presentasen cuanto antes en esta capital del gobierno de Chile. Acomodados en cabalgaduras que suministraron los piadosos habitantes de La Serena, continuaron los jesuitas su camino por tierra, y el 12 de Abril de 1593, lunes de la Semana Santa, entraron en Santiago.

2. Fueron muy bien recibidos por toda la ciudad, y los Padres dominicos se distinguieron extraordinariamente por la caridad que usaron con los recién llegados jesuitas, hospedándolos a todos en su convento. Desde allí salieron a ejercitar los ministerios de la Compañía en las iglesias de la población, y como era entonces Semana

(1) El texto de esta carta lo publicó el P. Enrich (I. I, c. 2), tomándolo del archivo del Ministerio del Interior, del Gobierno de Chile.

Santa, déjase entender que recogieron copioso fruto espiritual y ejercitaron mucho el trabajo de confesar a los fieles. Pasada la Pascua, tratóse en el Ayuntamiento de dar una casa a la Compañía de Jesús. Al principio se sorprendieron todos, cuando les dijo el P. Piñas que aun no estaba decidido el establecimiento fijo de la Compañía en aquella ciudad. Eran enviados, les dijo, para dar misiones por el territorio, y no estaba determinado si admitirían de asiento una casa en Santiago. A pesar de estas observaciones, no sólo el Ayuntamiento, sino todas las personas influyentes, y los eclesiásticos y religiosos, hicieron una suave violencia al P. Piñas, y como que le obligaron a instalarse definitivamente en aquella ciudad. Cedió a tan devotas instancias y admitió una modesta casa que le dieron, la cual desde entonces empezó a llamarse el colegio de Santiago de Chile. Junto a la casa se pensó, naturalmente, en levantar una iglesia, y muy pronto se empezó la obra, aunque de dimensiones reducidas, y como convenía a la pobreza de unos religiosos que nada tenían hasta entonces y todo lo esperaban solamente de la caridad del público.

Acomodados, bien o mal, en aquella vivienda, que desde entonces pudieron llamar suya, aplicáronse fervorosamente a los ministerios habituales en los colegios de la Compañía. Si recordamos lo que hicieron los jesuitas en Lima en tiempo de San Francisco de Borja, lo que practicaron en Méjico cuando llegó el P. Pedro Sánchez, podremos formarnos idea de lo que se hizo también en el colegio de Chile. Los sermones a los españoles, los catecismos a los negros, las instrucciones a los indios y las confesiones constantes a todo género de personas, se llevaron adelante, según indican las anuas del Perú, con la regularidad que en otras poblaciones crecidas. El P. Piñas, rector, trabajaba con los españoles, aunque sus fuerzas no eran muchas, pues ya estaba muy cerca de los setenta años; el P. Aguilera tomó a su cargo los negros, y el P. Luis de Valdivia se dedicó principalmente a los indios (1). Este Padre era, sin duda, el más eminente de los jesuitas llegados a Chile. Por su ciencia, por su presteza de ingenio para diversas facultades, por su feliz memoria y por sus buenos modales y trato de gentes, predominaba, digámoslo así, en aquella expedición de jesuitas instalada en Santiago. Ya desde el camino parece que empezó a estudiar un poco la lengua de los

(1) Véanse los dos fragmentos del P. Valdivia que copia textualmente el P. Lozano I. II, c. 6.

indios; pero, llegado allí, pudo muy pronto entenderse con ellos, y fué de los primeros que escribieron gramática sobre la lengua de aquellos indígenas.

Durante un año no sabemos que ejercitaran sino los ministerios espirituales propios de un misionero; pero como ya estaban definitivamente establecidos en una capital tan importante, no sabemos si de su propio motivo o a ruegos de otras personas determinaron dedicarse, en cuanto alcanzaban sus cortas fuerzas, al trabajo de la enseñanza. En 1594, y según nos dice el P. Ovalle, el día de la Asunción, 15 de Agosto, se dió principio a las faenas escolares (1). El P. Olivares enseñaba gramática a los hijos de españoles, y el P. Luis de Valdivia empezó un curso de filosofía, al cual concurrieron, no solamente estudiantes hijos de seglares, sino también algunos religiosos jóvenes de las tres Órdenes de Santo Domingo, San Francisco y la Merced, que ya estaban establecidas en Chile desde mucho tiempo atrás.

A fines de este año, 1594, o a más tardar en los principios de 1595, fué llamado al Perú el buen P. Rector Baltasar Piñas, cuyas fuerzas no eran muy a propósito para emplearse en las faenas tan duras de aquella misión incipiente. Había sido enviado para explorar el terreno y para fundar el primer domicilio, si se ofrecían condiciones aceptables y si había esperanzas de fructificar en aquel país. Habiendo desempeñado este oficio y dejando instituido un modesto colegio, se juzgó oportuno retirar de allí al benemérito anciano. Sucedióle en el oficio de rector el P. Luis de Valdivia, a quien un año después dirigía estas palabras el P. General Claudio Aquaviva: «Fué bien que el P. Piñas dejase a V. R. el cargo de la misión, porque ya su edad y fuerzas no son para tanto» (2). En esta carta dice el P. General que responde a una del P. Valdivia, escrita en Marzo de 1595. Por consiguiente, ya entonces se hallaba fuera de Chile el P. Piñas y ejercía el oficio de rector el P. Valdivia.

En el mismo año 1595 obtuvo el incipiente colegio una fundación, modesta sin duda, pero ya segura y estable. Dos honrados caballeros, llamados Agustín Briceño y Andrés de Torquemada, capitanes retirados del real ejército y cristianos fervorosos, como

(1) *Breve relación del reino de Chile*, I. VIII, c. 5, y una carta autógrafa del P. Valdivia que posee Toribio Medina. Sobre este punto puede consultarse la obra de este autor, *La instrucción pública en Chile desde sus orígenes hasta la fundación de la Universidad de San Felipe*. Santiago de Chile, 1905. Véanse en el tomo I los capítulos 8 y 9.

(2) *Peruana. Epist. Gen.* A Valdivia, 21 Octubre 1596.

solían serlo tan frecuentemente aquellos veteranos españoles, cuando se les había pasado el fuego de la edad y se habían recogido a buen vivir, como observaran que los jesuitas se mantenían de puras limosnas, determinaron hacerles donación de sus bienes, reservándose el usufructo de ellos por los días de su vida. Torquemada dió al colegio cierta hacienda que poseía á dos leguas de la capital, y Briceño una pequeña chacara poco distante, llamada entonces la *Ollería*, y una haciendita que se denominaba de *Rancagua*, y después se llamó comúnmente la Compañía. Otorgóse la escritura ante notario público el 6 de Octubre de 1595. El P. Valdivia la aceptó en nombre del P. Claudio Aquaviva, y éste ratificó muy luego la fundación, aunque sólo envió la patente de fundador algunos años después al Sr. Torquemada, porque su compañero Briceño había ya muerto por entonces. Este buen anciano, en su última enfermedad, y cuando ya tenía ochenta años, hizo vivas instancias para morir en la Compañía y suplicó a los superiores que le admitiesen en el grado de Hermano coadjutor, y, en efecto, le dieron este consuelo algunos meses antes de morir (1).

En los dos primeros años no tengo noticia de que hiciesen los jesuitas salidas de la ciudad para misionar en el campo de Chile, aunque es muy verosímil que intentasen alguna breve excursión, ya para explorar el terreno, ya para fructificar cuanto pudiesen en las almas de los pobres indios. Pero a fines de 1595 se emprendió una expedición apostólica que dió brillantísimo resultado. Los PP. Hernando de Aguilera y Gabriel de Vega salieron de Santiago el 1.º de Noviembre de 1595 y encamináronse hacia el Sur, recorriendo las ciudades de españoles, sin detenerse hasta la isla de Chiloé. En todas partes fueron recibidos con cierta veneración, que les sorprendió sobremanera, aunque ya estaban acostumbrados a ser recibidos en América con mucho amor por los pueblos. El P. Aguilera, en la relación que redactó poco después, dice estas palabras: «Tenían los pueblos formado tan alto concepto de la Compañía, que aunque no se hiciera más que vestir una estatua con sotana y bonete de la Compañía hicieran todos extremos de aprecio, y bastara sólo el nombre de la Compañía, para que se conmoviera toda la ciudad» (2).

(1) El P. Esteban Páez, visitador, que llegó a Chile en 1602, nos da estas noticias sobre Briceño y Torquemada en la carta que escribió al P. Aquaviva después de la visita. (*Peruana. Hist.*, I, n. 86.)

(2) *Peruana. Litt. ann.*, 1596. En estas anuas se incluye textualmente la relación del P. Aguilera.

Deseando corresponder a tan extraordinaria expectación, aplicáronse fervorosamente los dos Padres a los ministerios apostólicos. La distribución del tiempo que observaban en sus misiones era, poco más o menos, la siguiente: «Habiendo cumplido, dice Aguilera, con nuestra oración, exámenes y devociones, etc., hablábamos en la lengua natural de los indios, que en todo el reino es una, con poca diferencia. Nos hospedábamos en el hospital o en casa de algún honrado vecino...; toda la mañana se gastaba en la iglesia, a la cual acudíamos acabada nuestra oración a confesiones de mujeres españolas e indias. Las tardes las teníamos diputadas en nuestro hospital para confesiones de varones españoles e indios... Catequizábamos mañana y tarde, acudiendo de rato en rato y volviendo a las confesiones.» Acostumbraban, según dice poco después, a hacer dos veces a la semana sermón a los españoles y otros dos sermones a los indios. De tiempo en tiempo, después de la doctrina, se organizaba una solemne procesión. «Gastábase, dice el P. Aguilera, en la doctrina cristiana, sermón y procesión, desde vísperas hasta la noche.» En estas solemnidades nunca bajaba el concurso de mil y quinientas a dos mil personas.

Recorriendo las ciudades de españoles, detuviéronse más de propósito en la de Concepción, donde por entonces se hallaba el Gobernador de Chile, Martín García de Loyola, quien, como lo dice su apellido, era pariente no muy lejano de nuestro santo patriarca. Este caballero recibió con muestras de respeto y amor a nuestros dos misioneros. «En Concepción, dice Aguilera, hallamos al Gobernador Martín García de Loyola, deudo muy cercano de nuestro Padre, y muestra bien serlo en su cristiandad, buen celo y devoción... Fué grandísimo el consuelo que recibió con nuestra ida a aquella ciudad, y acrecentóse sabiendo nuestro intento y obediencia de correr todo el reino. Fué nos a ver al hospital y a ofrecernos su favor y ayuda para la misión, el cual tuvimos en todo lo que se ofreció. Hallóse en la doctrina que hicimos a los indios, que importó mucho para la estima y aprecio della. Tenía a su lado el Gobernador un intérprete, que le iba declarando en español lo que nosotros decíamos en la lengua de los indios.»

De Concepción se encaminaron al Estado de Arauco, y en diez y nueve días visitaron algunos pueblos de indios reducidos á nuestra santa fe. De allí pasaron a Santa Cruz de Oñez, donde estaba el campo para entrár en guerra contra los araucanos. Después se dirigieron a Angol, donde trataron con los indios reducidos, y también pudieron

hablar con algunos de guerra, disponiéndoles cuanto podían para que se rindiesen al Evangelio, aunque por entonces no lograron, según parece, convertir a ninguno. Pasaron de allí a la Imperial, que era entonces la sede episcopal que luego se trasladó a Concepción, y haciendo algunas breves paradas en pueblos intermedios, llegaron a Valdivia. Aquí, como en pueblo más importante, dieron la misión más despacio, y después dirigiéronse a Osorno, donde el fruto espiritual, así en españoles como en indios, fué más ercico que en ninguna parte. Los vecinos propusieron fundar allí una casa de la Compañía, pero claro está que no pudo aceptarse tal proposición, habiendo tan pocos jesuítas en Chile. Desde Osorno continuaron su excursión hasta la isla de Chiloé, donde tomaron alguna noticia de las innumerables islas que hay al Sur en aquellos mares hasta el Estrecho de Magallanes. Desde Chiloé volvieron atrás, y poco a poco se encaminaron a Santiago, donde entraron a principios de Marzo de 1597. Cuando pasaron por Angol se encontraron allí con el P. Valdivia, que había salido también a misiones. Iba algo de prisa hacia Osorno, y aunque no podía detenerse sino muy poco, en los pueblos hacía mucho fruto con sus sermones, según nos dice el P. Aguilera. No hemos podido precisar ni el tiempo que duró esta excursión del P. Valdivia ni las otras circunstancias que acompañaron los pasos del misionero.

3. A fines del año siguiente, 1598, empezó, como todos saben, el gran cataclismo de Chile, con la sublevación de los araucanos, que por poco arruinaron todo el imperio español en aquellos hermosos países. El 23 de Diciembre de este año, en una de las marchas que hizo el Gobernador García de Loyola, fué súbitamente sorprendido por una partida de araucanos, y, según nos explica González de Nájera, que dos años después llegó á Chile, fué esta sorpresa, no una hazaña de guerra, sino un acto de sagacidad. Mientras estaba reposando tranquilamente una noche el Gobernador y unos cuarenta españoles que le acompañaban, de repente cayeron sobre ellos los araucanos y los degollaron a todos sin dejar con vida a ninguno. Este golpe de mano fué la señal de la sublevación. Miles de araucanos se lanzaron como furias sobre las ciudades meridionales de Chile, y a casi todas las destruyeron, causando los horrores que en las guerras de entonces, y más hechas por indios, se pueden suponer.

Mucho hablan los autores y otros documentos sobre esta sublevación, que empezada en Diciembre de 1598, continuó con más o me-